

# LOS DIOS Y LOS CANIBALES

Carolina-Dafne  
Alonso-Cortés



PREMIO  
«CASTILLA-LA MANCHA»  
DE NOVELA CORTA 1991



CAJA TOLEDO

BIBLIOTECA SOCIAL CULTURAL

*Carolina-Dafne Alonso-Cortés*

# LOS DIOSES Y LOS CANÍBALES

1 Primer Premio en el certamen  
"Castilla - La Mancha " de  
Novela Corta.

## ÍNDICE

### CAPITULO PRIMERO

*De cómo Gonzalo Díaz, sevillano, comienza su carrera de médico. De cómo se ve obligado a partir hacia las Indias, y allí conoce al ilustre dominico fray Bartolomé de Las Casas, entrando en religión con él.*

### CAPITULO SEGUNDO

*De cómo fray Gonzalo Díaz acompaña a Pedro de Valdivia en la conquista de las tierras de Chile, y las muchas aventuras y males que tuvieron que sufrir.*

### CAPITULO TERCERO

*Aquí se mencionan algunos hechos referentes al capitán Hernán Cortés, así como a un tal Diego de Ordaz, que trató de hallar las tierras de El Dorado sin conseguirlo.*

*Otrosí, el emperador Carlos I encarga a los alemanes Alfinger y Jorge Espira la conquista de Venezuela; y de cómo el capitán español Ximénez de Quesada llega hasta Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada.*

### EPÍLOGO

*Trata de las tierras que bordean el Río de la Plata, y da final al libro de Fray Gonzalo Díaz, O. P.*

MAPA.

## CAPITULO PRIMERO

*De cómo Gonzalo Díaz, sevillano, comienza su carrera de médico. De cómo se ve obligado a partir hacia las Indias, y allí conoce al ilustre dominico, fray Bartolomé de Las Casas entrando en religión con él.*

EN EL CONVENTO DE DOMINICOS DE SIGÜENZA, FUNDADO POR D. PEDRO HURTADO DE MENDOZA. AÑO DEL SEÑOR DE 1556, JUEVES, 9 DÍAS DEL MES DE ENERO.

Fr. Gonzalo Díaz, O. P., scripsit. - Transcrito por Fr. Tomás Segrelles. Imprimatur.

"Dichosos vosotros, españoles, que sin merecerlo sois vasallos y gobernados por un rey tan vigilante y católico, a cuya imitación os vais al cielo; sólo os pido, así os libre Dios de todo mal, que me compréis este libro que saco a mi costa, y comprado y leído, me lo alabéis.

"Quien va a las Indias es loco, y el que no va es lerdo. Dicen que los marineros portugueses, y los que en Cádiz embarcan para ir a tierras de las Indias que descubriera en su momento el Almirante Cristóbal Colón, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea terrestre que llaman los entendidos en marinería equinoccial, es que a todos los que van en la nave se les mueren los piojos, sin que les quede ni uno solo de estos huéspedes; ni en todo el bajel lo hallarán por más que lo busquen, aunque lo pesen en oro. Y así pude yo comprobarlo, pues cuando salí de Sevilla la primera vez, por mis pecados era refectorio y bodegón de ellos; pues las deudas y los pecados son siempre más de lo que se podía esperar, siendo así que el hombre con deudas va desharrapado y cada año lo apedrean, como todos sabemos. En fin, que como decía, yendo yo con tales inquilinos, al pasar la linde que digo se me murieron todos.

"Hasta salir de casa es la peor jornada, y llegando yo a aquellas tierras traté de asearme algo, no por vanidad; sino porque a causa de lo maltratado por el agua no diese asco a quien me viera y oliese, y se apartara de mí huyendo. Y más, teniendo yo ciertos estudios de físico y no pocos de medicina, pues pensaba ganarme la vida ejerciendo en aquellas islas del Caribe que son prez y perla de navegantes. Pues quien huelga no puede medrar, aunque hay algunos que afanan y no medran nunca.

"Quiero preguntaros aquí si queréis que os cuente mi historia, y como no oigo vuestra respuesta, colijo que la oiréis muy atentamente, pues quien calla otorga. Y os agradezco la confianza en mi persona, que en esto se conoce el verdadero amor, aunque algunos nada me crean, teniéndome por mentiroso. Pero en cada legua hay un pedazo de mal camino, y todo sea por Dios.

"Diré primero cómo, habiendo sido apacible mi niñez, en mi madurez dí un paso atrás y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme tanto de la virtud y tener tanto que desandar. ¿Qué vana esperanza me arrastraba? Y no me faltó ningún duelo, pues un malcasado tiene en su mujer toda la herramienta para mártir; ya que la que quiere ser mala, poco aprovecha que la guardes. Dicen que la mujer hermosa hace de menos al marido y el cornudo es el último que lo sabe; mas en fin, las cosas son como se toman.

"Se dice que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero juntando males con venturas todos los tiempos son iguales. Y así no hay cosa hoy vedada para los marineros, pues han sido tantos los descubrimientos en los últimos años, que atendiéndolos y considerándolos, ya empezamos a sospechar unos y otros no ser aquéllas las Indias Orientales, sino un continente o mundo nuevo, tan anchuroso o más que los que ya se conocían. En cuanto a mí, he de decir que fui siempre tan desdichado que a todo lo bueno llegué siempre tarde, y a pedir favores llegué siempre dos horas después.

"Mas volviendo a lo nuestro, diré que habiéndose descubierto las Indias en el año noventa y dos, fueron a poblarlas al año siguiente los cristianos de por acá, hace ya más de sesenta. Y según dijeron eran los indios tan iguales a nosotros como pudieran serlo, aunque otros afirmaban serlo tanto como el freír y el llover.

"A poco de aquel descubrimiento comenzó a extenderse por España una enfermedad que llamaban unos la peste venérea, y otros la sífilis; y a esto me quiero referir en las siguiente líneas, pues ello fue el principio y base de la profesión que ejercí durante mucho tiempo.

"Se hallaban por entonces los Reyes Católicos en Sevilla, de donde soy natural, estando afincado mi abuelo como tejedor de mantas en el barrio de Triana. Y como algunos anduvieran muy dolientes, condenándolos su lujuria y su herramienta a perpetuo castigo, los reyes que esto vieron, mandaron a sus protomédicos curasen a los apestados de esta enfermedad en el hospital de San Salvador, y que su boticario suministrase las medicinas que fueran necesarias.

"Era allí mucho hablar, mucho equivocarse. Congregáronse los protomédicos y otros profesores, y todos trabajaron durante meses en observar los síntomas de tan temible azote, y recababan la ayuda de muchos que lo sufrían en sus carnes para acabar con él.

"Gastaron un millón en medicinas sin ningún provecho, de lo cual dieron parte a sus Majestades. Y perdidos de miedo confesaron no haber descubierto el secreto, cuya novedad causó gran trastorno.

Estando llorando esto alzaron los ojos y volvieron la cara, viendo que entraba un correo real que iba poseído del espanto, y dijo haber fallecido de aquella enfermedad el famoso médico maestre Francisco de Gibralión. La reina con consternación lo miraba, y dijo el rey muy colérico que habían de tener grandes consultas con los médicos plúsimos, pues era su caudal de ciencia tan corto que por fuerza se habían de valer de conocimientos ajenos.

"Mal de otro pone consuelo; pues entérense vuestas mercedes en buena hora, que unánimemente acordaron todos que era castigo del cielo. Pues acometía a todas las complexiones y edades y en cualquier ciudad, villa o aldea, para lo cual ninguna física alcanzaba. Y así se vio en la respuesta que eran los tales médicos bribones, adormecidos en maldad, infames, que en lugar de curar mataban a los dolientes apestados, conformes en dejar de atenderlos y abandonando a los enfermos.

"Cuando estamos sanos damos buenos consejos, y el que está en el lodo querría meter a los otros con él. Dio cuenta de esta consulta a los reyes el conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, y en escuchándolo un bufón que allí había se rebulló en el suelo, dio luego un brinco y púsose de pie, que con la prosa que oía estaba para reventar de risa. Estuvo blasfemando y renegando de aquellos médicos y quien los había parido, y con todo no se escandalizaron los presentes. Y pidió a los reyes permitiesen curar esta enfermedad a quien quisiere, sin examen ni apremio, dándole a él comisión por buscar al sujeto que tuviera más experiencia.

"Íbase poco a poco, y buscando quien le remediase dio con mi abuelo, quien le dijo con una cortesía temerosa que él conocía la forma y manera de curar aquella nueva peste que había venido de las Indias. Y estando en éstas, díjole el bufón a mi abuelo que lo acompañara de seguida a palacio, encajándole el encargo como pedrada en ojo de boticario.

"Yo, que era niño por entonces, admiréme que tan pronto hubiera hallado tan buen empleo, no siendo más que tejedor de mantas; pero aunque no le faltaban encargos ni chapucillas, es sabido que no hay estómago como el del ahíto y nada sobra en este mundo, siendo además él, como lo era, harto tacaño.

"He de decir aquí que era yo huérfano, y crióme mi abuelo materno con mucha atención; pues aunque nadie quiere alhaja que tenga boca, decía él: «El hijo de mi hija es nieto, mas el de mi hijo no lo sé», y aunque a regañadientes se hizo cargo de mí. Y andaba yo como el gato escaldado que del agua fría huye, pues palo de carrasca no rasca, pero quiebra costilla.

"«La mala yerba pronto crece», me solía decir, y me reprochaba que al pobre nunca le falta quien le haga más necesitado. «Escucha bien, habla poco y noerrarás nunca», me aconsejaba, y que nunca hizo mal el poco hablar y el poco comer; pues me quebraba la cabeza y luego me untaba el casco. «¿Qué aprovecha ganar mucho para gastarlo mal?», rezongaba, y que no era deshonor tener padre viejo ni manga rota, y otras lindezas por el estilo.

"Llamábase mi abuelo Gonzalo Díaz como yo, o yo como él; siempre fue hombre pequeño, embustero y bailarín, y tan avaro que perdía ciento por ganar uno, y pensaba siempre que ganaba por uno y gastaba por cien. Y no era por entonces sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones. Tiñóse la barba por no parecer viejo, pues según dijo, a rocín viejo eran precisas cabezadas nuevas; y quedó de buena disposición, bien vestido y de buena cara.

"Fuimos a palacio y no sentimos el camino, pues como siempre iba él dándome consejos, que aunque menudeaban mucho me aprovechaban poco. Decía que el dinero es como las mujeres, amigo de que lo manoseen, enemigo de que lo guarden y amigo de andar de casa en casa. Y me aconsejaba que siguiera su ejemplo, pues decía que no tiene el que gana mucho ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta. Ni había que creer en las apariencias de la fortuna, y sí en que el ojo del amo es el mejor pienso y el mejor estiércol para la heredad.

"Aconsejábame hartura de pan y mesura de vino, y como me aburría, añadía mirándome que el mozo que bosteza es de pereza o ruindad, y que hacer bien no agradecido era perder el tiempo. A todo hacía yo orejas de mercader, pues nunca me hallé mejor que cuando no hablé ni peor que cuando hablé demasiado.

"Fuimos con el tal bufón a donde nos guiaba; y salió a nuestro encuentro una dueña, vieja o espantajo, diciendo que los reyes aguardaban ya con impaciencia y que ella venía por mandado y comisión del excelentísimo señor gobernador, y que nos diéramos prisa. Salieron los reyes juntamente de una alcoba, y haciendo reverencias díjoles mi abuelo que hacía algunas curas con una unción que tenía,

y habíalo movido a venir la compasión grande que sentía por todos los dolientes.

"Admiráronse los reyes, y ofrecieronle que se entrara en el Hospital de San Salvador, y que tendría grandes recompensas. Mas como paga adelantada es siempre viciosa, pagaban ellos en tres pagas que eran tarde, mal y nunca, siendo lo olvidado ni abonado ni agradecido.

"En muestra de su lealtad y en feudo de su rendimiento, les regaló mi abuelo una manta que había tejido. Reparó en ello uno de los circunstantes, y dijo maravillado que nunca viera un médico de oficio tejedor; y díjole el buen viejo que la hambre despierta el ingenio, y que más hacía el querer que el poder y cada uno tenía su modo de matar pulgas.

"Iba yo bien orgulloso del padre de mi madre, pero duróme poco, porque oí decir a mis espaldas: «¿Qué necesidades puede hacer este hombre?» Hice yo no sé qué gesto oyendo la grullada, pidió mi abuelo un adelanto, dijéronle que no, y él a esto dijo que lo necesitaba para tener el caletre en buena disposición, pues es mala la cara que hace el hambre, y ese era su firme parecer. Y en testimonio de que cobraría le hicieron los reyes un pagaré, y firmaron de su mano una real cédula, y apartáronse un tanto corridos.

"No soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, mas de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Mas he de decir que curó allí mi abuelo mucho tiempo con la esperanza que le ofreció la realeza, y su real Asistente, y que no pasó mucho sin que lo señalaran con el dedo a fuer de conocido; pues muchas veces hallan unos lo que pierden otros y este mundo es un mar, y quien no sabe nadar váse a lo hondo.

"Le ayudaba yo en lo que podía y decíame él: «Tú eras bueno para ir por la muerte, de lento que la traerías», quejándose a cada paso de su oficio de mierda, criar a la hija y luego al nieto. Y si yo le pedía unos cuartos para mis cortas necesidades, me respondía: «Harta riqueza tiene el que no quiere más», y que mal podía dar quien no tenía, y que buen comer trae mal cenar.

"La fortuna, a veces mucha y a veces ninguna, hizo que mi abuelo enfermase y luego obitó; y cuando murió había guardado con tal maña sus caudales, que hubo de enterrarlo la Beneficencia. El mal que no tiene remedio dicen que es mejor olvidarlo, y yo me apañé como pude. Y aunque digan que el muerto y el ido pronto se olvidan yo afirmo que no es cierto, pues bien que lo lloré, pues cada gorrion tiene su ánima y yo tenía la mía en mi almarío. Y como dicen que lágrimas de heredero son risa encubierta, eran las mías de ley quizá por lo poco que heredé.

"Aunque el mozo sana durmiendo, pensaba yo que la pereza nunca hizo cosa que estuviera bien y es madre de los pobres, pues perdiendo el tiempo nadie gana dinero. Y como muerte y venta deshacen las haciendas tuve que ponerme a trabajar. Hubo en este año una plaga de langostas bermejas y pestilenciales, que venían de Turquía. Y yo, que era ya hombre y no de pocos recursos comencé a ejercer la medicina, moviéndome a ello la necesidad que todos tenemos de comer, cosa que siempre y en toda circunstancia me ha mortificado el entendimiento.

"Curé por entonces el mal del escorbuto, que comenzaba con erisipela y podredumbre de encías, de tal suerte que la inflamación y putridez impedían a los pobres pacientes el tránsito de la comida, llevándolos presto a la hoya; y no sin pena, pues era el hedor intolerable y el cuerpo se resentía de los más crueles dolores.

"Como a su tiempo se recogen las uvas, con estas y otras menudencias empecé a cobrar fama de regular médico; eran mis especialidades todas, y entre las más calificadas estaba la de partero, que hay en esto de las barrigas mucho que decir. Sabía que las calenturas de otoño eran largas y mortales, que la locura es mal que no suele sanar, y que mear claro y cagar bien es cagajón para el cirujano. Y como libro cerrado no hace hombre de letras, dí en licenciarme en recetas y aforismos, ya que labrar y hacer albardas es todo dar puntadas. Y aunque digan que el médico novato hincha el cementerio, mucha parte de la salud es querer estar sano.

"El oro no es medicina, pero alivia mucho y todos dan porque les curen, con lo que sana el hígado y enferma la bolsa. Con un mucho y dos pocos se hacen ricos los hombres, con lo que llegué a reunir una regular fortuna, que tras el laborar viene el descanso y la riqueza.

"Como el dinero lo puede todo pretendí a una hermosa señora de barba hendida y gran hermosura que me cautivó, pues la buena cara es carta de recomendación. Para la muerte y el amor no hay cosa fuerte, y caí en sus redes. Caséme, pues pensaba yo que era la mejor de las aves el Ave María, de los pescados el carnero y de las carnes la mujer.